

internacional y única. Una invención de la música indígena precortesiana que buscaba dignificarla y que está, como ella lo señala, cargada de contradicciones y ambivalencia.

En la tercera y última sección se incluye el artículo de Susana González Aktories, de la Facultad de Música de la UNAM, que explora las amistades poéticas y literarias de Chávez y cómo éstas incidieron en sus composiciones musicales. Desde el ángulo privilegiado de González Aktories, especialista tanto en música como en estudios literarios, vemos la relación que tuvo Chávez con el grupo de los Contemporáneos y, particularmente, la “apropiación musical” que efectuó el compositor de poemas de Carlos Pellicer y de Xavier Villaurrutia. La cercana amistad de Chávez con los miembros del grupo se vio reflejada en la reseña que hizo de ellos en su conferen-

cia “Mis amigos poetas”, dictada en El Colegio Nacional. González Aktories nos recuerda que Chávez abrevó de las fuentes más disímiles para sus canciones, desde la Grecia clásica hasta las culturas prehispánicas, pasando por las letras hispánicas y la poesía inglesa, desde la Edad Media hasta el siglo XX. El rico análisis, aunque breve, que hace la autora sobre la utilización de las letras de poemas en la música de Chávez, nos hace vislumbrar un campo que sin duda sería fructífero de explorar más a fondo en la obra del compositor.

Para cerrar me gustaría resaltar el gran trabajo de Alejandro Pérez Sáez en la traducción de los textos. No me queda más que recomendar la lectura de este libro que, como dice bien el título, nos muestra el mundo de Carlos Chávez, un siglo xx pletórico de actividad cultural y política, ámbitos que se ven reflejadas y a

la vez son elemento constructivo de la vida de los artistas e intelectuales, que circulan por este libro y entre los cuales Chávez no tiene parangón.

Después de celebrar su publicación y felicitar a la editora de este importante volumen, me quedo con una inquietud relacionada con mis propias obsesiones intelectuales ¿quizá para otro libro? o ¿para un artículo al respecto? Y ésta sería las cuestiones de género en relación con Chávez. Un personaje asociado al machismo y la dominación patriarcal; podríamos llamarlo hoy un “macho alfa”. ¿Cómo se percibe externamente, y él mismo, su masculinidad? ¿Cómo fue su relación con el sexo opuesto? ¿Cómo se reflejan estos asuntos en su obra? Éste y otros temas nos indican que el estudio de Carlos Chávez, personaje fundamental de la cultura del siglo XX mexicano, si los hay, está lejos de agotarse.

Una estrella apagada

Eduardo Flores Clair*

Rebeca Monroy Nasr, *María Teresa de Landa: una Miss que no vio el universo*, México, Secretaría de Cultura / INAH, 2018, 475 pp.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

El primer contacto que tuve con María Teresa de Landa fue en el Palacio de Lecumberri (Archivo General de la Nación) en 1991, recinto de la exposición fotográfica *Bailes y Balas*.¹ De todas las imágenes, de manera muy

¹ *Bailes y balas. Ciudad de México 1921-1931. Archivo fotográfico Díaz, Del-*

especial llamó mi atención la de una mujer hermosa, que estaba ataviada con un elegante traje, de la época, y lucía en el pecho una banda con la frase *México 1928*. Era el distintivo que había recibido por haber ganado el concurso Belleza y Pulcritud, organizado por la revista *Jueves de Excélsior*. En

gado y García, textos Elena Poniatowska, México, AGN, 1991, 95 pp.

la mano izquierda portaba un ramo de claveles marchitos, que se puede interpretar como un mal presagio, pues la fotografía siguiente era contrastante. Aparecía ella misma en una atmósfera hostil, sentada en el “banquillo de los acusados” en el salón de jurados de la cárcel de Belén; se veía como una mujer derrotada, sollozando, rodeada de un gran dolor; pero a pesar de ello no se podía ocultar su belleza. Vestida de riguroso luto, que contrastaba con un cuello blanco, hacía alarde con unas medias de seda que atrapaban las miradas del público y revelaban a plenitud su encanto físico. Pero la imagen aumentaba su dramatismo por la presencia de dos gendarmes de la Montada, con rostros solemnes y fuertemente armados. Se le acusaba de haberle dado muerte a su esposo, el general Moisés Vidal.

Rebeca Monroy nos ofrece una atractiva e interesante fotobiografía de María Teresa de Landa en un libro que es original porque pone a dialogar a 194 imágenes con la hemerografía de la época, expedientes laborales y entrevistas selectas, para rastrear hasta el más mínimo detalle de esta historia. El marco temporal abarca casi un siglo: inicia en la época posrevolucionaria y se prolonga hasta los años noventa del siglo XX. La protagonista logró sobrevivir 81 años; de hecho, cuatro generaciones de mexicanos estuvieron involucradas en su trascorrir, ya como público, compañeros de trabajo, alumnos o lectores de este valioso testimonio de vida.

La propuesta de recurrir a las imágenes de prensa y fotografías

de archivo para contar esta historia resulta de sumo interés; en términos metodológicos abre el camino de diversas narrativas e interpretaciones. A lo largo del libro podríamos especular que existen cuando menos tres narrativas consecutivas: la seducción, el melodrama y la institucional. Sobra decir que reflejan una realidad, construida y espontánea; dichos datos son las fibras más sensibles que entretujan un conjunto de historias. De manera paralela, las fotografías u obras de arte revelan las ideas estéticas de los fotógrafos: a través de sus miradas nos guían sobre el relato de los acontecimientos. Al respecto, asegura Rebeca Monroy que “el trabajo del lector será descifrar dichas imágenes; los pies de foto eventualmente lo orientan, pero la intertextualidad se dará a partir de las lecturas de las fotos que éste haga”.

María Teresa Landa: una Miss que no vio el universo es un libro vasto que abarca una gran cantidad de temas de primer orden, como los concursos de belleza, el idilio, modernidad versus conservadurismo, medios de comunicación, administración de justicia, sistema educativo, entre otros muchos.

En 1928, María Teresa de Landa participó en el certamen *Belleza y Pulcritud*; en las fotografías del concurso que se conservan, cada una de las participantes modela rostros distintos, como si se tratara de personas distintas, debido a los ángulos en que se tomaron su cuerpo. De hecho, ocultaron los atributos que les desfavorecían;

pero ellas eran transformadas para poseer labios perfectos, atuendos con los brazos desnudos y escotes pronunciados para resaltar su figura. Lo que se debía admirar de su silueta, borrando lo feo, quitando lo desagradable, creando una nueva realidad mágica a través de los cosméticos. Según la prensa, la señorita De Landa ganó el concurso porque pertenecía a “una de las más honorables familias de esta capital” y porque el jurado calificador había sido de lo más distinguido, conformado por Alfredo Ramos, director de la Academia de San Carlos, el escultor Ignacio Asúnsolo, el pintor Carlos González y el literato Xavier Sorondo.

En buena parte de México, De Landa adquirió gran fama y consiguió el derecho a competir en Galveston, Texas, frente a las bellezas internacionales. Aunque no logró el triunfo, Hollywood abrió sus puertas ofreciéndole trabajo, pero rechazó la oferta. En los concursos de belleza, María Teresa, como muchas de sus compañeras, hicieron patente a la sociedad mexicana que las mujeres habían cambiado. Las hijas de la Revolución renegaban del papel de sumisas e hicieron gala de los valores de la modernidad: jóvenes con alto nivel escolar, deportistas, trabajadoras, independientes y con atributos físicos deslumbrantes. Eran representantes de la modernidad, que día a día trabajaban para ocupar los espacios que por tantos años se les habían negado.

Una Miss que no vio el universo reseña el amor que nació entre María Teresa y Moisés Vidal, quienes se conocieron en un evento doloroso: el velorio de la abue-

la de ella. Ahí inició el idilio con un hombre que casi le doblaba la edad, general con una hoja de servicios poco honorable, sin fortuna, escasa educación y con un carácter controlador. Entre otras cosas, la novia tenía prohibido “leer periódicos”. Vidal aprovechó la oportunidad y, sin esperar el consentimiento de los suegros, se casó con la menor. El matrimonio religioso limó las asperezas familiares y habladurías de los vecinos. En breve, iniciaron un viaje de novios por Veracruz, donde María Teresa conoció a buena parte de su familia política. Regresaron a la Ciudad de México e iniciaron su vida conyugal, con limitaciones económicas, pero en santa paz, en el domicilio de los suegros.

En la mañana del 25 de agosto de 1929, el periódico *La Prensa*, en su primera plana, informó que La Señorita México, María Teresa de Landa, y su esposo habían sido acusados de bigamia. María Teresa Herrerón, esposa de Vidal, era la demandante. Al día siguiente, el mismo periódico, publicó que “La Señorita México mató a su esposo de seis balazos” y exhibió la última fotografía de Vidal, donde se veía al general en una postura desgarbada, hasta cierto grado grotesca, con el pecho ensangrentado, tirado en el sillón de bejuco en medio de unas zaleas de diversos animales. El periódico jamás pensó que había sido el causante de tal tragedia. Por su parte, María Teresa confesó su crimen y fue recluida en la vieja cárcel de mujeres de Belén. Como afirma Rebeca Monroy, “tal vez comprendió el pantano en el que había habitado durante meses; casi un año de

matrimonio signado por la mentira, el ocultamiento, la falsedad”.

Otro de los aspectos trascendentes de este libro es el hecho que narra el último juicio popular de nuestra historia. Los jurados populares tenían una tradición decimonónica, en los que los ciudadanos comunes aplicaban la justicia. La voz del pueblo se hacía cumplir, un derecho que tenía que ver más con los sentimientos que con las leyes. Gracias a estos juicios habían quedado exoneradas: Magdalena Jurado, Alicia Olvera, Nydia Camargo, todas *autoviudas*, quienes mataron a esposos y amantes por el engaño, el incumplimiento de sus promesas y el resquebrajamiento de sus ilusiones. El juicio de María Teresa levantó una enorme expectativa y dejó huella profunda en la memoria de la sociedad mexicana. Fue como un fuerte remolino que enfrentó la modernidad contra el conservadurismo. Se condenó a la moda femenina por su atrevimiento y sobre todo el lucir la desnudez del cuerpo de la mujer; se puso en tela de juicio el jazz y sus malas influencias, al igual que los bailes escandalosos del charlestón y el foxtrot. Eran dos modelos morales que tenían maneras diferentes de ver al mundo: uno que propiciaba el cambio de mentalidad y otro aferrado a las rancias tradiciones.

El licenciado Luis Corona, Agente del Ministerio Público, fue el encargado de culpar a la Miss México: pidió que se le impusiera una pena de 12 años de prisión por el crimen que cometió. En el juicio, Corona atacó los puntos más vulnerables de María Teresa, quiso demostrar ante el jurado que se

trataba de una mujer de moral dudosa, la cual se mostraba en traje de baño en público, había tenido relaciones ilícitas antes de su casamiento, jugueteos lésbicos con una amiga en la preparatoria y unas “fotografías desfavorables”. Se refería a tres fotos íntimas en las que María Teresa hacía gala de sus encantos y, quizá, la que causó más escándalo fue en la que un inocente gato caminaba sobre sus senos desnudos. En el juicio se armó tal revuelo, que el juez mandó a desalojar la sala. Y en los archivos sólo se conserva la descripción escueta del suceso y hasta ahora se desconoce el paradero de tales fotografías o se ignora si fueron destruidas.

El encargado de la defensa fue José Ma. Lozano, abogado que tenía gran prestigio en el medio y que se distinguía por ser un excelente orador, quien embelesaba a la audiencia con discursos que se prolongaban por más de cinco horas. El “Príncipe” como se le conocía, presentó a María Teresa como víctima/victimaria, quien defendió su honor ante el engaño; arremetió contra los santurriones que consideraban a una mujer impúdica porque se atrevía a usar traje de baño. De hecho, Vidal atentó contra la reputación de la acusada, ella, una estudiante universitaria con un futuro prominente. Las fotografías muestran que el defensor contó con la ayuda y solidaridad de una gran cantidad de mujeres, quienes ricamente engalanadas llenaron la sala del tribunal por los tres días que duraron las audiencias. Es fácil imaginar que al unísono pudieron haber dicho #todas somos Teresa. Y es po-

sible que ese apoyo se multiplicara cuando constataron la nobleza de la acusada, en el momento en que declaró que: “No sé por qué disparare sobre él, que era mi amor y mi vida. Vacíé la pistola y no quedó el tiro que debía ser para mí”.

El 1 de diciembre de 1929, a las 3 de la mañana, después de deliberar por 45 minutos, el jurado declaró a María Teresa de Landa inocente del cargo que se le imputaba. Era un triunfo con mucho júbilo y con la satisfacción de que se había hecho justicia.

El gran mérito de Rebeca Monroy fue el de prolongar la biografía de María Teresa hasta su muerte. Las fotografías son escasas, ha-

bía sido olvidada de las cámaras de los reporteros, pero con base en los expedientes conservados en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Secretaría de Educación Pública, nos permitió conocer el destino de la Miss México. Son testimonios invaluable de que María Teresa prosiguió estudiando hasta alcanzar el grado máximo de doctor en letras y los sinodales la premiaron con el galardón *Cum Laude*. Del mismo modo, realizó una extensa carrera docente en múltiples niveles académicos, llegando a ser inspectora de Zona a nivel secundaria. Impartió una gran cantidad de asignaturas, pero inclinándose a la

historia y la literatura, mostrando siempre su profesionalismo, dedicación y entrega.

Los lectores tendrán un panorama muy completo de la vida y obra de María Teresa de Landa pero, como todo buen libro, deja abierta una serie de interrogaciones para futuras investigaciones de muy distintas ópticas. A mí, por ejemplo, me surgen las dudas de hasta dónde los patrocinadores la apoyaron económicamente durante el juicio. Y la otra interrogante sin resolver es sobre su vida amorosa, supuestamente cancelada, aunque en algún momento ella declaró haber tenido un hijo.